

El día D y Trump

Carlos LARRÍNAGA
Historiador

Mucho se está escribiendo estos días sobre el 75 aniversario del desembarco de las tropas aliadas en las playas de Normandía para lograr vencer a los alemanes que habían ocupado una buena porción del continente. En esta tribuna, el pasado 6 de junio, escribía mi amigo Manu Montero insistiendo en la importancia de este evento para el asentamiento de las democracias europeas. No debemos olvidar que en vísperas de la Segunda Guerra Mundial los regímenes dictatoriales se imponían en numerosos países. No sólo en Italia o en Alemania, sino en otras naciones del Sur y del Este. En la década de los veinte y treinta se había producido una auténtica quiebra de las democracias, si bien es cierto que la naturaleza de estas dictaduras no era exactamente la misma. La Primera Guerra Mundial había hecho desaparecer los inmensos imperios que se habían formado desde hacía siglos (el alemán, el ruso, el austro-húngaro y el otomano), recurriendo en nutridos casos a la vía dictatorial por las fragilidades del parlamentarismo, el miedo a la revolución soviética y la debilidad de las propias clases medias. Las cuales vieron en los “cirujanos de hierro” una posible opción a la amenaza comunista. Además, la paz de París fue claramente insatisfactoria para no pocos de estos estados, empezando por Italia y la propia Alemania, alimentando un caldo de cultivo que no haría sino potenciar las alternativas rupturistas. En su reciente libro “Descenso a los infiernos”, el distinguido historiador británico Ian Kershaw, famoso por su monumental biografía de Hitler, aborda la línea de continuidad existente entre ambas conflagraciones. O mejor aún, como si la contienda hubiese tenido dos secuencias. De suerte que sólo se le habría puesto fin tras la derrota del dictador nazi. De ahí la importancia de la conmemoración del día D. Especialmente, por su éxito

Por consiguiente, la celebración me parece acertada. Sin embargo, no estoy de acuerdo con los invitados. Realmente pienso que, en este tipo de ceremonias, no deberían participar los dignatarios políticos, ya que no existe una línea sucesoria de actuaciones entre unos y otros y, por lo común, terminan acaparando un protagonismo que no les corresponde, mermándolo a los auténticos héroes de esos días: los sobrevivientes de una hazaña que costó la vida a miles de personas. Aunque sé que es ilusorio, habría que articular fórmulas diferentes para evitar este ventajismo político. Por eso, mi oposición a la presencia de Theresa May, Emmanuel Macron y Donald Trump en los homenajes de este año es todavía mayor. En verdad, creo que la única que se merecía estar en la tribuna de Portsmouth era la reina Isabel II, quien sí vivió la guerra y llegó a servir en el Servicio Territorial Auxiliar, la rama femenina del Ejército Británico de entonces. Allí podía estar como veterana. ¿Y los demás? En mi opinión, no. Y menos Trump, quien representa todos los valores contrarios a los de esos jóvenes estadounidenses o canadienses, que, junto a los británicos, dieron su vida en suelo lejano. Valores como la generosidad, la valentía, la decencia o el altruismo son contrarios a los de un presidente que se caracteriza por su egolatría, narcisismo, racismo, supremacismo, capacidad de mentir o su gusto por la adulación. Aquellos soldados anónimos que lucharon por los derechos y la democracia en Europa no se merecen que este multimillonario caprichoso y engreído les represente, cuando lo único que busca es salir en la foto, siquiera a empujones.

No olvidemos que estamos hablando de un mandatario que no sabe comportarse y que ha encontrado en la grosería y en la mala educación su manera de obrar. Muy alejado del reconocido refinamiento de Roosevelt. No sólo es incapaz de respetar los

estrictos protocolos de la Casa Real, sino que, incluso, en su viaje a Reino Unido se ha permitido injerir en su vida política, apostando por Boris Johnson en la carrera sucesoria de May, sugiriendo que Nigel Farage sea el negociador del Brexit ante la UE, insultando al alcalde de Londres o llamando horrible a Meghan Markle por haber apoyado a Hilary Clinton en los comicios presidenciales de 2016. Trump se aleja sensiblemente de sus predecesores y de cuanto defendieron Wilson tras la Primera Guerra Mundial y Roosevelt al término de la Segunda. Indirectamente, se lo recordó el propio Macron al decirle que Estados Unidos era más grande cuando se batía por la libertad de otros. Pero Trump a lo suyo, al “America first”. Trata de recurrir a fórmulas ya fracasadas después de 1918, cuando en los veinte las potencias optaron por el proteccionismo, algo que fue completamente descartado en 1945 por su inoperancia. Con su comportamiento irresponsable, está poniendo en peligro algunos de los consensos a los que se llegaron después del día D. La guerra comercial con China forma parte de esta estrategia, así como sus constantes ataques disgregadores hacia la Unión Europea, donde ha mandado a su ex asesor Steve Bannon para desestabilizar el club comunitario y debilitarlo, haciendo gala de sus ideas populistas y de extrema derecha, compartidas por su líder. Por último, lo mismo se puede decir de su particular visión de las relaciones internacionales, fundadas en la amenaza de poner patas arriba el tablero mundial. Lo está haciendo en Irán, por ejemplo, aun a sabiendas de que el régimen de los ayatolas cuenta con el sostén de Rusia y China. ¿Realmente este individuo merece estar en un acto como éste? Decididamente, no.

8 de junio de 2019

Publicado en *El Diario Vasco*, 13 de junio de 2019, p. 22